



EL CAPUCHÓN NEGRO. — Cuadro de EMILIO POY DALMAU.



EL AZAHAR DE LA NOVIA. — Cuadro de FELIPE ABAPZUZA.

Fotografías de Hijos de Mateu.

## AMOR AL PRÓJIMO

SUELO concurrir á un cafetín establecido á la vuelta de mi casa, alrededor de una de cuyas mesas forman de diario tertulia cinco ó seis parroquianos que, por las trazas, se me antoja que son gente acomodada, de vida metódica y tranquila y un tanto dada á cultivar la oratoria callejera. Van pasando ya los tiempos de las arengas al aire libre, y no es de creer que los personajes á que me refiero encarnen la representación de unas costumbres que empiezan á chocar con las de nuestra época. Pero sí hay que reconocer que como polemistas *en pequeño* valen un potosí. Temerosos é incorregibles, siempre que voy á tomar mi taza de moka y á matar un rato nocturno, los encuentro enzarzados en vivas discusiones.

Allí hay para todos los gustos. A imitación de los antiguos sofistas, aquellos buenos burgueses (á burguesía, he dicho, me huele aquello) defienden el pro y el contra de todas las cuestiones. La otra noche la conversación había recaído en los nunca bien resueltos problemas de la Moral; de la Moral, que por su fundamento de eterna verdad y por sus doctrinas de encontrado criterio, es causa y motivo de un litigio jamás concluido entre la conciencia y la razón.

—Para mí,—decía uno de los contertulios,—el mundo es algo más que un inmenso manicomio: es un presidio limitado por los cuatro puntos cardinales. Mezcla de loco y criminal, el hombre corre suelto por la superficie del planeta, revelando á cada paso su condición malévol. El *bien*, que, al decir de los moralistas, es el objeto de una ciencia demasiado enmarañada para ser comprendida, el bien, digo, es simplemente un vocablo vacío de sentido, por lo mismo que cada cual lo interpreta según su temperamento y educación... A propósito de la educación. ¿Saben ustedes lo que pienso de esta otra palabra? Opino de ella lo que de muchas más con que encubrimos la ruindad de nuestros hábitos y pensamientos; entiendo que la educación es una gran mentira, una especie de antifaz que oculta las deformidades de nuestro rostro, que llamaré moral, para diferenciarle del rostro anatómico. En fin, señores, creo que lo que se da en llamar Moral nadie como Aristipo la ha comprendido, haciéndola consistir en el placer ilimitado, exento de todo freno y de toda preocupación. En cuanto á esas virtudes denominadas honor, patriotismo, piedad y otras zarandajas, viven solamente en la imaginación del preceptista y en la conciencia colectiva que, por ser colectiva, no es conciencia ni cosa que lo valga, pues carece de centro regulador.

—¡Bah, bah! Está usted disparatando á más disparatar, y sólo puede disculparle á mis ojos la creencia de que no siente usted lo que predica,—objetó de pronto uno de los del grupo, hombre dado también á liarse con estas cuestiones de alto vuelo.—Que la familia humana es un engendro de maldad; que el rey de la creación es la imperfección mayor; que la virtud, en sus diversas formas, es un mito. ¡Qué aberración! Usted nos ha citado á un filósofo muy desocodado y egoísta, al filósofo de Cirene, cuya autoridad tengo por nula. Yo, á mi vez, voy á citar á otra autoridad en la materia, que esa sí que es bien indiscutible. Me refiero á Adam Smith, cuyos son estos hermosos conceptos: «El mérito de una acción no solamente estriba en el acto mismo, sino también resulta del sentimiento que lo inspira. Y cuando la acción es buena, excita la gratitud del agraciado y por simpatía la del testigo.» De lo cual puede concluirse, afirmo yo ahora, que uno de los principales sentimientos del alma humana es la inclinación

que nos atrae hacia nuestros semejantes y nos hace participar de sus alegrías y de sus penas. Concedo que en el mundo hay mucha perversidad y que los ejemplos de virtud no menudean en la medida deseable; pero convengamos en que ella, la virtud, es algo más que una visión forjada por simples convencionalismos; reconozcamos que palpita en la conciencia como un atributo de nuestra entidad moral y que se manifiesta con harta más frecuencia de lo que comúnmente se cree. Estas conversaciones, sutiles de toda sutileza, no son para dilucidadas (aceptando la hipótesis atrevida de que puedan dilucidarse) en la reunión de un café; y muchas veces se aclaran más fácilmente con ejemplos sacados de la realidad, que no engolfándose en la alambicada región de las abstractas disquisiciones. Oigan ustedes una sencilla historia que, á mi ver, respira sana moral por todos los poros y robustece las teorías por mí emitidas.

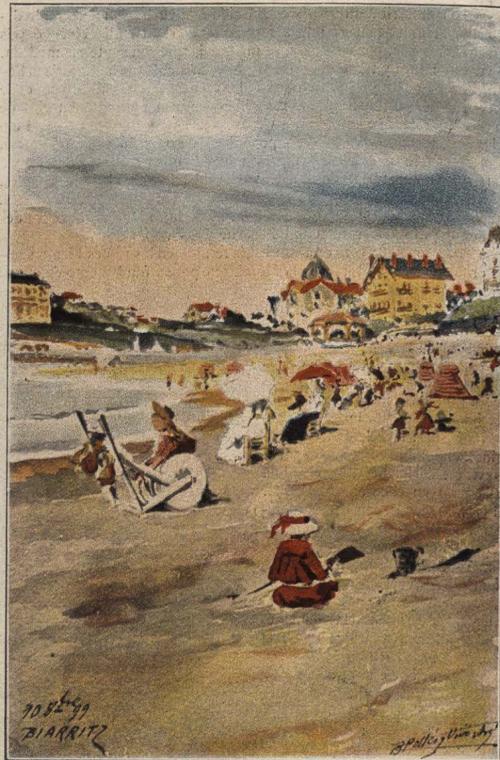
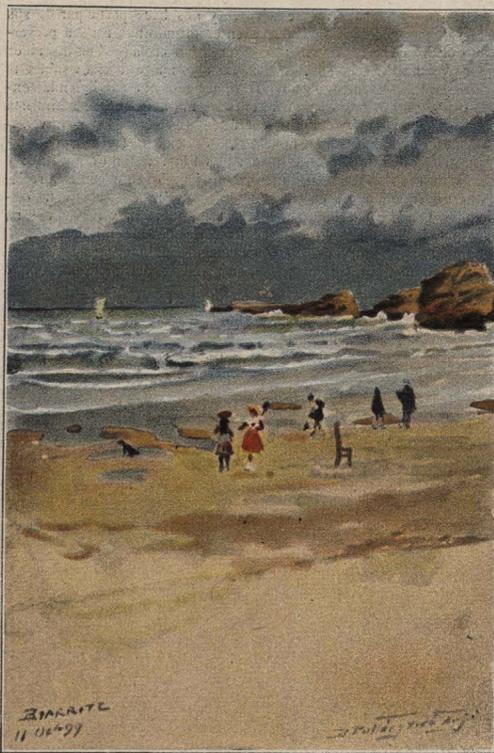
Y aquel hombre empezó á hablar de la siguiente manera:

—Hace algunos años me encontraba en la América del Sur. Comisionado



por una poderosa compañía norteamericana de seguros sobre la vida, recorría aquellos florecientes países cuya existencia autónoma é independiente arranca apenas de un siglo atrás. Había visitado las principales ciudades del Perú, Bolivia y Chile, y por la cordillera de los Andes pasado al territorio de la Federación Argentina, á cuya capital me encaminé directamente, ciñéndome á instrucciones de la Dirección. En la República Argentina permanecí cuatro ó cinco meses, durante los cuales conocí casi todas las poblaciones de alguna importancia comprendidas en la jurisdicción de la provincia de Buenos Aires, una de las catorce en que se divide el país, y la más rica, poblada y extensa de ellas. Al cabo del expresado lapso de tiempo había realizado lo que en términos comerciales se dice un buen negocio. Por las ventajas manifiestas que la Empresa ofrecía, por su reconocida solvencia y por la natural inclinación que los americanos de ambos hemisferios sienten por esa clase de seguro; por tales circunstancias favorables á mi gestión, que no por mi dudosa habilidad como agente-viajante, conseguí colocar un crecido número de pólizas, con mucha satisfacción de la Sociedad que representaba, y no poca de mi parte, pues los ímprobos trabajos llevados á cabo y las indecibles molestias padecidas y heroicamente sufridas, me producían los resultados en que yo fundaba mi porvenir ó cuando menos la base de él.

Dentro de un radio de cincuenta leguas no quedaba ya por explotar



PLAYAS DE BIARRITZ



ACUARELAS PUENTE SOBRE EL RIO PALENCIA, EN SONEJA — CASTELLÓN DE LA PLANA. Salón París.

ningún pueblo de mediana categoría, y me disponía a realizar una incursión por la provincia de Santa Fe, cuando recibí una mañana, urgente telegrama de Boston con orden de que inmediatamente me dirigiera a la ciudad brasileña de San Pablo. Por datos anteriores cogí que se trataba de establecer en el entonces Imperio del Brasil una sucursal de la Compañía, y que en dicho punto debíamos celebrar las conferencias preliminares del indicado proyecto.

El mismo día quedaron ultimados mis asuntos, y al siguiente tomé pasaje en el vapor que diariamente hace la travesía entre Buenos Aires y Montevideo, en cuyo último puerto debía recalar el paquete de la Mala Inglesa que, procedente del Pacífico, seguía viaje para el Viejo Mundo, haciendo escalas en las costas brasileñas.

Hombre entrado en años, sin ser viejo, de porte distinguido, sin afectación, por su cara bondadosa y hablar mesurado, se granjeaba en el acto la confianza y voluntad de su interlocutor.

Hubimos de simpatizar mutuamente, porque en seguida nos contamos uno para el otro sendas historias de nuestras respectivas personalidades. El quedó enterado de mi nacionalidad y ocupación, de mis planes y juveniles ilusiones; y yo, a mi vez, conocí su posición social, que la tenía en la magistratura y financiera, que era sólida y brillante. Amaba la vida, como privilegio de Dios, en quien creía; execraba el suicidio, como delito de villanos y cobardes, y vivía al calor de las caricias prodigadas por sus tiernos nietecillos. Todo en aquel hombre respiraba virtud y piedad.

Me parece que le estoy viendo cuando, á la hora de recogerse, tendióme la mano, mirándome con paternal dulzura, y me dió preciosos consejos inspirados en el bien y en el trabajo.

Quizás se diga que hay plétora de detalles en esta narración. Si así es, débese á que juzgo que existe cierta relación entre lo dicho hasta aquí y lo que me falta decir. Lo diré pronto porque me acerco al desenlace á paso de carga.

Encerrado en mi camarote, hacía largo rato que dormitaba á medio vestir, recostado en la litera. De pronto... ¿qué fué lo que súbitamente dispó mi somnolencia? Silbidos estridentes de la sirena, gritos desesperados, carreras en tropel y una brusca sacudida del barco. Salgo al corredor, subo al puente y me confundo con aquel infernal cuadro. ¡El «América» se había incendiado!... La máquina dejó de funcionar, y sin gobierno flotaba inerte el buque en medio del río. Los pasajeros y la tripulación corrían alocados en busca de salvación; muchos de ellos se arrojaban al agua para huir del fuego. Yo tuve la suerte ó la serenidad de permanecer en un rincón de proa, hasta que, viendo flotar cerca de babor un grueso madero, me deslicé á pulso y caí en él, al

tiempo que el «América» empezaba á hundirse lentamente. No hay pincel, no hay pluma que pueda describir semejantes episodios. A pocos metros de mi madero salvador, una mujer luchaba desesperadamente para conservar para sí y para un niño cuyos sollozos destrozaban el alma, una

frágil astilla. En tan horrible instante, vi á un hombre que braceando se acercó á la infeliz. «Cifíase usted, señora, este salvavidas, y sálvese junto con este angelito. Yo no hago ya falta en el mundo», dijo con acento firme; y desapareció bajo las aguas. Al resplandor de las llamas reconocí á aquel hombre: era el magistrado, el compañero con quien había departido larga y confidencialmente pocas horas antes. A pesar de lo crítico de la situación en que me encontraba, tuve bastante conciencia de lo que acababa de oír y presenciar para quedarme conmovido y aterrado.

Con la primera luz cenital, llegaron los auxilios anhelados. Los naufragos sobrevivientes del terrible siniestro fuimos recogidos y llevados á Montevideo, y yo viví durante muchos días bajo la impresión de aquellas escenas espeluznantes.

Hasta aquí el relato del contertuliano del café de mi barrio. El viajero que llega á una populosa ciudad latino-americana que el Plata fertiliza y visita la más suntuosa de sus necrópolis, puede ver en su recinto un artístico mausoleo alegórico, elevado á la memoria de aquel mártir que, en cruel momento de la vida, tuvo por ella cristiano desprecio y supo sacrificarla en aras de su amor al prójimo.

ANTONIO ASTORT

## LA TEMPESTAD

(FACETA)

Cuán violentas fueron las primeras ráfagas que la anunciaron! ¡Cuán tremendos y desoladores los estragos que produjo! Con odio indecible, con furor que no se calmaba, con ímpetu feroz, con saña insana lucharon durante mucho tiempo hombres contra hombres. La gran masa tranquila se levantó con hervores de borrasca marina y sus olas de gente se lanzaron al asalto de todas las eminencias que cayeron al primer empuje. Los talleres y las fábricas quedaron silenciosos; los campos desiertos; la herrumbre consumió las férreas cintas por donde el comercio del mundo entero hace circular los productos de la industria. Las viejas civi-

lizaciones riñeron tremenda batalla contra las nuevas ideas y echaron mano de cuantas armas, buenas ó malas, tenían á su alcance. Corrió la sangre por sobre la superficie de la tierra, como, cuando estalla una tempestad atmosférica, corre el agua por el cauce de los torrentes.

Después, las pasiones se calmaron poco á poco, lució de nuevo el arco iris de la fraternidad y del amor universales, la vida fué más fácil, las relaciones de hombre á hombre más amistosas y bajo el gran manto azul del cielo reinaron en la tierra la fecundidad y la justicia.

\*\*\*